



ANALES DE ANTROPOLOGÍA



Anales de Antropología 52-2 (2018): 189-190

www.revistas.unam.mx/index.php/antropologia

Reseña

JAN RUS, DIANE L. RUS Y SALVADOR GUZMÁN BAKBOLOM (2016). *El Taller Tzotzil 1985-2002. Un proyecto colaborativo de investigación y publicación en los Altos de Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez: UNICACH, CESMECA, CELALI, INAREMAC, Galería MUY.

Este libro me parece un documento extraordinario. Recopila seis narraciones sobre la historia indígena reciente de Chiapas publicadas entre los años 1986 y 2000 por el programa de publicaciones “Taller Tzotzil” de San Cristóbal de Las Casas. Es extraordinario, en sentido estricto, por dos razones: primero, porque presenta un fresco de la experiencia indígena de las últimas seis o siete décadas producido por indígenas en una lengua indígena (tzotzil, con traducción al español) y, segundo, porque representa un elocuente experimento de etnografía e historiografía colaborativa. El resultado es un espléndido trabajo de política interétnica.

El capítulo introductorio está escrito por los antropólogos Jan y Diane Rus –los responsables e inspiradores del Taller Tzotzil durante la mayor parte de su existencia– y, lejos de ser una simple introducción, representa una pieza esencial del libro, que además sirve de reflexión teórica sobre la escritura cooperativa de la historia entre indígenas y académicos no indígenas. El capítulo sintetiza la historia del Taller Tzotzil –como parte de INAREMAC, una ONG asociada a la diócesis católica de San Cristóbal– en el contexto político del Chiapas en aquellos años y, sobre todo documenta las estrategias discursivas y de publicación de los textos. Entre 1976 y 2002 el Taller Tzotzil publicó cerca de treinta pequeños libros en lengua tzotzil que se vendían por un precio módico entre los indígenas (era importante que no se tratara de un producto gratuito, como sucede con las publicaciones gubernamentales) de las comunidades de Chiapas y en algunas librerías de San Cristóbal. Los temas de los libros eran –en contraste con otras publicaciones en lenguas indígenas de la época, orientadas a la cultura tradicional– fundamentalmente

cuestiones políticas y de conflicto: condiciones de trabajo, recuperación de tierras, el trabajo en las fincas de café, la organización de cooperativas, la migración a las ciudades y a EU, y así.

La introducción va desgranando el curso de las estrategias, decisiones, dudas y dificultades de producción de aquellos libros: cómo se escogían los temas a publicar (al parecer, colectivamente), quiénes participaban en el diseño y “escritura” de los libros, resultado en su mayor parte de registros orales (es decir, quiénes eran los autores de los testimonios y quienes tenían la *auctoritas*: mayores o jóvenes, hombres o mujeres, personas de prestigio o del común, etc.), cómo representar –en un inestable equilibrio– sectores indígenas distintos y a menudo enfrentados (rurales, urbanos, tradicionalistas, evangélicos, católicos...). Igualmente: qué papel debían desempeñar y desempeñaron los participantes no indígenas –sobre todo Jan y Diane Rus– en la orientación y forma de las publicaciones (¿fueron una especie precipitadores iniciales o tuvieron una participación decisiva?). Lo que demuestra la introducción es que éstas y otras decisiones fueron cambiando y adaptándose a medida que se iban publicando nuevos libros y se trataba con cuestiones también nuevas, cuestiones a menudo esencialmente prácticas: cada caso, esto es, cada libro, representaba un proyecto distinto.

Otras cuestiones recapituladas en la introducción son decisiones editoriales, aunque no menos políticas: cómo obtener los testimonios y reflejar las voces y experiencias diferenciadas de los testigos (se grababan en general en reuniones colectivas y eran transcritas por colaboradores indígenas letrados, y luego se leían a los autores –a menudo iletrados– para tener su aprobación y sus modificaciones); los libros ¿debían ser sólo en tzotzil o también en español? (al principio en lengua indígena, luego preferentemente en ambas lenguas, aunque esto dependía de los objetivos de cada libro). ¿Qué ortografía emplear? ¿Qué dialecto del tzotzil elegir? (finalmente, aquel en el

que se recogían los testimonios). ¿Había que explicitar los autores de los testimonios u ocultarlos para protegerlos? ¿Había que redactar una introducción explicativa o permitir que el texto “hablara por sí mismo”? Y también, algo interesante: qué uso daban los autores indígenas a los libros una vez publicados (por ejemplo, para tratar de legitimar los asentamientos en la ciudad o como carta de presentación en México y el extranjero de una cooperativa de mujeres tejedoras).

De este largo programa de publicaciones, el libro presenta seis narraciones. “Trabajo en las fincas” (1986) es una colección de testimonios de trabajadores chamulas en las fincas de café de la tierra caliente y el sistema de “enganche” entre aproximadamente 1930 y 1980. Es desde luego una denuncia de las condiciones de trabajo, pero también recuerdos personales de viaje, compañerismo y soledad, y observaciones de aquel otro mundo (“Los finqueros eran casi todos alemanes: hombres blancos, casi mecos, grandes, pero muy blancos. Unos eran buenos y otros malos”). “Bordando milpas” (1990) es la narración de Maruch Gomes Monte, una tejedora chamula: su vida, su trabajo, la cooperativa de tejedoras, y sus reflexiones sobre el sentido de todo ello (“Allí en la iglesia está Nuestra Madre Rosario... Allí donde voy a rezar ‘necesito un poco de su corazón / un poco de su mano / quiero hacer mi ropa / quiero hacer mis vestido / estírame mi pie /estírame mi mano / santa Virgen”). “Kipaltik: la historia de cómo compramos nuestra finca” (1990) es un amplio coro de voces de los antiguos peones sobre la vida antigua en la finca de café y, “cuando llegó el agrarismo”, la osada decisión de organizarse y luchar para comprarla a sus dueños ladinos y trabajarla entre todos.

Los tres relatos restantes pertenecen a un mundo un poco distinto. “Chamulas en California” (1996) son las peripecias de tres hermanos chamulas para trabajar temporalmente en los EU. (“Sabía yo que había llegado a California, pero no vi nada porque a mí me tocó la cajuela. Entonces estalló una llanta. Como el carro estaba en el frihué [Freeway], y como nosotros estábamos en la cajuela, el coyote no podía abrir para buscar una llanta de repuesto. Entonces fuimos al estacionamiento de un hotel. Pero cuando abrió la cajuela y bajamos, alguien nos vio y llamó a la policía. El coyote huyó, pero a todos nosotros nos agarraron”). “Los primeros días de los zapatistas: una crónica tsotsil en siete escenas” (1994) y “Conversaciones ininterrumpidas: las voces indígenas del mercado de San Cristóbal” (2000) es la crónica de Salvador Guzmán Bakbolom de la toma de San Cristóbal de Las Casas por parte del EZLN y de las conversaciones en años posteriores en el mercado sobre el zapatismo y la política local. A diferencia de los relatos anteriores, estas dos narraciones se han publicado en numerosos libros y han tenido una difusión muy amplia, sin duda porque –paradójicamente, o tal vez no– son muy escasos los testimonios indígenas sobre la rebelión de 1994. (“Cuando corrió la voz de que había guerrilleros en San Cristóbal todos los chamulas dijeron que no tenían miedo. Mentira: sí lo tenían. Pero para disimular, todos dijeron que el

único que de veras debía tener miedo por sus pecados, el único responsable por todos los atropellos en Chamula, era el presidente municipal. Pues, claro, en sus corazones todos sabían que ellos también habían participado en las rodeas y expulsiones de evangélicos, y todos temían que habría un ajuste de cuentas”).

En realidad ¿a quién están destinados estos relatos?, es decir, ¿en quiénes estaban pensando como auditores o lectores o interlocutores los indígenas que narraron estos testimonios? Éste es uno de los pocos aspectos no desarrollados suficientemente en el capítulo introductorio, pero es fácil entender por qué. Porque los posibles destinatarios son múltiples: los nietos que ya no vivirían la vida en las fincas, las nietas que ya no quieren tejer y compran la ropa fabricada, los amigos no indígenas que no estaban en San Cristóbal durante la rebelión zapatista, etcétera. Ese es en definitiva el poder y también el riesgo de la escritura, en contraste con la oralidad. Poner en comunicación a los presentes con los ausentes. Y ni siquiera es seguro quiénes serán esos ausentes porque el texto escrito (y los indígenas de esta región saben esto desde hace al menos dos milenios) una vez impreso rompe el vínculo con sus autores y se vuelve una cosa independiente. Una cosa poderosa.

Tal vez por ello, es posible entrever en muchas –no todas– las narraciones un destinatario un poco abstracto: los “ladinos” poderosos, las autoridades locales. Para entablar una interlocución verdaderamente firme con esa gente no basta con el discurso elocuente, la palabra refinada, el canto continuo. Es necesario hablarles con sus propios medios, en sus propios términos. Quizá por ello la narración de carácter más reivindicativo del libro, sobre la recuperación de la finca Kipaltic (“Nuestra fuerza”), comienza afirmando que es un relato hecho para que permanezca en un libro. Desde una perspectiva indígena, esta forma del lenguaje no es ni la más ética ni estética, pero probablemente es la más vigorosa (los riesgos que conlleva requerirían de una reflexión aparte). Me parece que, en definitiva, éste es el sentido del programa de escritura Taller Tzotzil y de un libro como el de esta reseña. No se trata pues de un libro de “historia indígena” –los indígenas poseen una memoria independiente de la escritura– sino un libro de política indígena, una política indígena de la escritura.

O dicho de otro modo, los indios se han apropiado del libro. Lo que diferencia este trabajo de otras iniciativas de carácter más académico y a la moda “poscolonial”, interesadas en “dar voz a los indígenas”, en la cuestión de la “crisis de representación”, en si los subalternos pueden hablar, y cosas por el estilo, es que aquí las voces están, por así decir, abiertas al mundo, han sido vividas. Los indígenas se han vuelto indios. El mérito es tanto de los participantes indígenas como de los coordinadores del Taller Tzotzil.

Pedro Pitarch
Universidad Complutense de Madrid
 Correo electrónico: petul@ucm.es